
El Boa

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9079

Título: El Boa

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Cuento, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Boa

La designación de boa es genérica, y comprende unas cuantas especies de serpientes sudamericanas. En lenguaje común, sin embargo, entendemos por boa toda serpiente singularmente larga, proporcionalmente gruesa y capaz de hacer crujir entre sus anillos los huesos de la víctima que entre ellos encerró. Naturalmente, estos boas son hijos de la zona ecuatorial, y apenas si una u otra especie de menor tamaño se aventura por bajo del trópico.

La primera noticia personal que en Misiones tuvimos del boa, nos la ofreció una víbora arrollada, una mañana, ante la puerta del taller.

Jamás habíamos visto animal semejante. Su piel lucía con extraños círculos como taraceados, con un aspecto general de piel de surubi. Me informe en vano sobre su nombre indígena; nadie la conocía. Meses después supe que aquella viborilla era un boa. Lamenté no haber podido familiarizarme con él, cosa que tampoco logramos con un segundo ejemplar hallado también en casa, a la mañana siguiente de una agitada noche de ratas, que chillaron toda la noche como presas de gran pavor. Al levantarme y llevar las manos a las botas, el boa estaba arrollado al lado. Vimos, después, que en el vientre albergaba cinco ratitas recién nacidas, lo que explicaba el escándalo de la ratería.

Pasamos un tiempo sin ver otro boa, cuando un hombre llegó hasta casa con un ejemplar de mérito, colgado de una rama que el peón sostenía con esfuerzo. El animal, en efecto, medía un metro sesenta, y era grueso en la abultada proporción de las víboras de cascabel. Pero al revés de éstas y de las yararás, bastante miedosas cuando se las ciñe de

cerca, el boa aquel, pendiente de la vara, volvía la cabeza roma a uno y otro lado, según fuera nuestra situación a su respecto. Y cuando mi chico estiró el brazo para tocarlo, saltó hacia atrás con rapidez semejante a la del boa al tenderse hacia aquél.

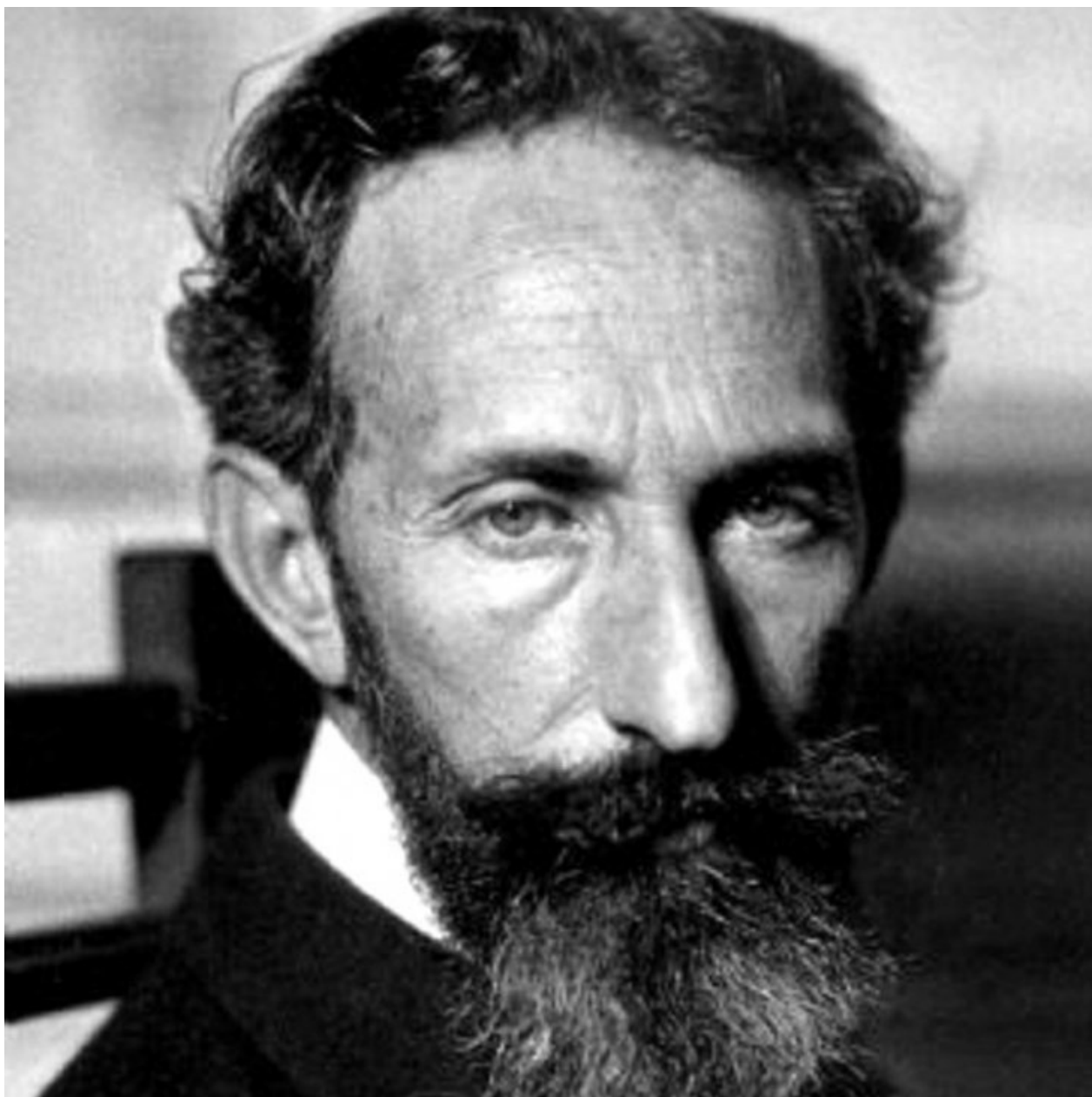
Ya estábamos, pues, edificados sobre la modalidad del nuevo huésped. Lo instalamos en una jaula con tejido de alambre, y nos pusimos a observar la velocidad del ataque del boa, único, al parecer, entre todos los seres vivientes.

Es punto menos que imposible conocer, en los primeros momentos, cuándo el boa, perfectamente inmóvil, va a lanzar su cabeza como un ariete. La distancia desde la cual ataca debe variar mucho posiblemente, según la libertad del sujeto y el peligro que presiente en su enemigo.

Nuestra fiera hacía sonar la red de alambre cuando mi cabeza había alcanzado a medio metro de la jaula. No logré ver nunca el arranque inicial, ni mucho menos el desplazamiento de la cabeza. Sentía el golpe, bruscamente, sin dejar por ello de ver antes y después él boa, inmóvil. Poco a poco, sin embargo, llegué a poder precisar, sin décima de segundo de error, el instante mismo del ataque. Y esto lo conocía en la mirada del boa, fija, naturalmente, en la mía. Un ser cualquiera presa —boa, león, tigre,— al asalto, puede no moverse ni pestañear; puede no alterar en lo más mínimo la línea de piedra de sus músculos; pero la brusca resolución de fuerzas, la súbita exaltación de vida en la mirada, denuncia el ataque con una claridad de relámpago.

Obra aquí, sin duda, una cuestión de psicología superior en el hombre. En un principio el animal nos sorprendía siempre. Poco después, conocíamos al dedillo la psicología del boa. Como decimos aquí, le habíamos tomado el tiempo a las posturas, las miradas, y las cuatro o cinco ideas irascibles de nuestra pupila. Tiempo después nos vimos forzados a mirarlo. Y ni muerto ni vivo sospechó nunca el destino que habíamos de dar a su piel.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)